

NACIONALISMO Y DESARROLLO

DANIEL COSÍO VILLEGAS,
del Colegio de México

LA VERDAD DE LAS COSAS es que nosotros los latinoamericanos (los individuos y las instituciones), no estudiamos del todo nuestros problemas, o los estudiamos tarde o de manera insuficiente. Entonces ocurre que, al vernos forzados por alguna razón a opinar sobre ellos (como ahora yo), tratamos de reparar nuestra desidia acudiendo a los estudios hechos por sabios europeos y norteamericanos sobre los mismos fenómenos, y sobre fenómenos análogos (real o falsamente análogos). Tras esta primera tragedia, viene la segunda: pronto descubrimos que esos estudios nos ayudan poco o nada, e incluso que nos hacen caer en la trampa de creerlos válidos (total o parcialmente para las condiciones nuestras).

No estoy sugiriendo, por supuesto, que en la América Latina la gravitación universal o la selección de las especies operen o puedan operar en forma diversa de como lo hacen en Europa y Estados Unidos. Tratándose, sin embargo, de fenómenos humanos, con una fuerte, inconfundible raíz histórica, las variantes que ofrecen las condiciones latinoamericanas pueden hacer inoperantes las conclusiones basadas en condiciones europeas o norteamericanas. Al mismo tiempo, de ninguna manera descarto la posibilidad de que justamente una de las formas más obvias e ingenuas del nacionalismo latinoamericano nos haga reclamar con más frecuencia de la debida, para cuanto se da en nuestras tierras, un cierto grado de singularidad si de manera fugaz nos sentimos modestos, o

NOTA. Los artículos de los señores Cosío Villegas, Medina Echavarría y Urquidí fueron presentados a la Conferencia sobre Tensiones en el Hemisferio Occidental, celebrada en Salvador (Bahía), Brasil, del 6 al 11 de agosto de 1962, bajo los auspicios del Council on World Tensions y la Universidad de Bahía.

la unicidad absoluta si priva en nosotros una exigencia impetuosa.

Todos sabemos, desde luego, que la idea y el fenómeno del nacionalismo han despertado el interés de una verdadera legión de historiadores, sociólogos, teóricos de la política y aun filósofos, europeos y norteamericanos, y que de dos de ellos, por lo menos —Hans Kohn y Carleton Hayes— puede decirse que lo han estudiado a lo largo de sus vidas, singularmente largas, por añadidura. En el caso de Kohn cabe afirmar algo más todavía: considera tan importante y tan general este fenómeno, que le parece propio llamar “la era del nacionalismo” a toda la historia moderna de Europa, es decir, la que se extiende desde fines del siglo XVIII hasta nuestros días.

Pues bien, no parece que haga falta emprender un estudio muy a fondo de las obras de estos y otros autores para darse cuenta de que su utilidad es muy relativa; la caracterización que hacen del fenómeno del nacionalismo europeo, y los orígenes históricos que le atribuyen, no concuerdan a veces sino parcial o inseguramente con las situaciones propias de la América Latina; en otras ocasiones, apenas pueden despertar en nosotros el deseo o la curiosidad de tomarlos como guía para descubrir los que en verdad corresponderían a esas situaciones; por último, casos hay en que se presiente, o se sabe con alguna certeza, que aun ese esfuerzo sería estéril, pues no se descubre semejanza alguna con las observaciones (seguramente válidas) que han inspirado a esos autores los hechos y las ideas de Europa y de Estados Unidos.

Pueden citarse uno o dos ejemplos, con un fin meramente ilustrativo. Parece aprovechable la observación de Hans Kohn de que en los países donde el dominio popular (o el “tercer poder”) llegó primero a su plenitud, el nacionalismo se tradujo muy pronto en cambios importantes de la organización y las instituciones económicas y políticas, y que, por el contrario, en los países donde ese proceso fue más lento o sólo alcanzó resultados parciales, el orden cultural fue el afectado por los cambios. Los historiadores han señalado, en efecto, como la primera manifestación cierta del nacionalismo me-

xicano, los escritos de un grupo de jóvenes y sabios jesuitas, que se publican y difunden a fines del siglo XVIII.

En cambio, no puede reprimirse la duda ante esta afirmación rotunda de Kohn: el nacionalismo es inconcebible sin la idea de la soberanía popular, y, por lo tanto, no puede ser anterior al estado. Parte de los países latinoamericanos (si es que no de todos) bien pudiera revelar que la noción de la soberanía popular, o no existe o es tan confusa que apenas podría tomársela como una condición determinante de esos movimientos indudablemente nacionalistas. Es cuanto al estado moderno, si se tratara tan sólo de su idea, la observación de Kohn sería ya discutible, pero si se refiriera a la realidad del estado moderno, entonces habría que descartarla sin vacilar, pues en ninguno de los países latinoamericanos es posible señalar hasta la fecha la existencia de un verdadero estado moderno.

Pero, después de todo, tampoco cabe afligirse de manera innecesaria por esta dificultad (o imposibilidad) de transplantar a nuestra América observaciones y conclusiones hechas originalmente para Europa y Estados Unidos. El mismo Hans Kohn admite que hay diferentes clases o tipos de nacionalismo, o sea que cada uno ha nacido y se ha desenvuelto de manera diversa en partes distintas del globo. Todavía más: Kedourie, un agudo estudioso inglés del nacionalismo, asegura tajantemente que la idea del nacionalismo es propia de la Europa moderna, y que fuera de ella no se ha dado, ni tampoco es ella misma antes del siglo XVIII (contradice así a Kohn y a Hayes quienes lo estudian en la Grecia clásica y aun en las organizaciones tribales). Cabe intentar, pues, un esquema del origen y de los rasgos dominantes del nacionalismo latinoamericano.

TENGO LA IMPRESIÓN de que los románticos y los marxistas son quienes más han pintado y repintado, con preciosidad y reiteración, el lienzo de un vasto paraíso autóctono anterior al descubrimiento y la conquista que de estas tierras hicieron españoles y portugueses a fines del siglo XV y principios del XVI. En esencia, ese cuadro paradisiaco presenta en primer

plano, con trazos y colores deslumbradores, dos o tres civilizaciones indígenas, la maya, la náhuatl, la incaica, digamos, que habían llegado a ser verdaderamente grandes y a tener todos los atributos de estabilidad y complejidad de una sociedad hecha y derecha. En el trasfondo del lienzo, en este o aquel rincón, con tonos bucólicos, se pintan algunos grupos indígenas pobres y primitivos, pero que gozan de la bendición inestimable de vivir libremente, de sentirse dueños de la tierra que pisan y capaces de afianzar su existencia y hasta de desenvolverla con sus propios recursos.

En este gran lienzo idílico hay, como en toda obra de arte (así sea de pincel marxista, y más todavía si es de paleta romántica), elementos y aun sectores enteros ficticios, pero también aspectos verdaderos o próximos a la verdad. No puede dudarse, por ejemplo, de la grandeza, de la complejidad y del adelanto de las civilizaciones maya o incaica, para citar sólo a dos de las más conocidas. Y puede uno aceptar sin mayores dudas que entonces, como hoy, hasta las pobres y primitivas preferían la soledad y el atraso al sojuzgamiento.

Algunos elementos correctivos, sin embargo, deben introducirse aquí. No han faltado antropólogos, arqueólogos e historiadores que han hecho la observación de que aun las grandes civilizaciones indígenas se encontraban a fines del siglo xv en una situación desconcertante: no parecían estar ya en pleno florecimiento, ni tampoco encontrarse en los albores de una nueva época de expansión. Al contrario, daban la impresión de que habían llegado al límite extremo de su desarrollo, o, por lo menos, que pasaban por una crisis de crecimiento que las tenía sumidas en una especie de letargo. La causa general —y un tanto vaga, es verdad— aducida, es que sus recursos físicos y humanos habían dado ya sus mejores frutos, y que tenían agotadas las posibilidades de renovación que supone la lucha y la mezcla de razas y de civilizaciones distintas. Por otro lado, no parece muy fundada la esperanza de que si esto ocurría con las sociedades indígenas más avanzadas, se salvaran de esa situación, al menos de un modo inmediato, las organizaciones más primitivas (algunas, en realidad, tribus simplemente nómadas).

La falla mayor del paraíso autóctono, más que en inventar esa pintura idílica de las civilizaciones indígenas americanas en vísperas del descubrimiento y la conquista, radica, por una parte, en suponer que podía haberse prolongado de manera indefinida el aislamiento del continente occidental una vez iniciada la era que no en balde se llama de "los grandes descubrimientos"; y, por otra parte, en olvidar que esas civilizaciones habían vivido hasta el siglo xv sin el beneficio de la levadura tan constante y tan vigorosa que en Europa representaron los cruces viejísimos y continuos de razas, lenguas, religiones, arte, de civilizaciones y culturas enteras, en rigor. En fin, si los marxistas y los románticos se han lanzado a pintar con colores tiernos o arrebatados al paraíso autóctono, es porque los primeros sin confesarlo, y los segundos proclamándolo, añoran y lamentan la destrucción o el sojuzgamiento que de esas civilizaciones hicieron los conquistadores de España y Portugal. Aquí a más de la falla de no considerar y aun de no admitir la inevitabilidad de una confrontación de las culturas indígenas con la occidental europea, habría de caracterizar aquéllas y ésta para explicarse la imposición de Europa sobre América.

INDEPENDIEMENTE DE LAS opiniones y de los gustos de unos y otros, la realidad histórica es que, en efecto, las sociedades indígenas, avanzadas o primitivas, estables o trashumantes, fueron sometidas, y en gran medida destruidas. En este hecho, uno de los más lejanos de nuestra historia, parece hallarse el origen remoto de buena parte del nacionalismo del que hoy gozan, o que hoy padecen, nuestros países, sobre todo, por supuesto, de aquellos en que el pasado indígena fue importante. A ese hecho histórico, se ha sumado después, para sublimar el nacionalismo, la idealización del indio y de sus obras.

¿Qué puede significar para ellas el simple hecho del descubrimiento? De manera inevitable debió parecerles, primero, una impertinencia irritante, de igual calibre a la que comete un sujeto que se trepa a una barda para espionar lo que ocurre en el santuario de una casa privada; y después, tam-

bién inevitablemente, debió parecerle un negro presagio de que a esa impertinencia iba seguir algo muchísimo más grave.

Y siguió la conquista, que, como toda conquista, fue invasión, guerra, destrucción, pillaje y dominación. En el caso que nos interesa, varias circunstancias agravaron sus efectos destructores desmoralizantes. Los historiadores parecen estar de acuerdo en que sus móviles más enérgicos fueron el lucro y la catequización religiosa. El lucro tenía que conducir, sin remedio, al pillaje, desenfrenado en el caso del conquistador considerado como individuo, organizado, metódico, pero no menos extenuante, en el caso del estado. Cuando el pillaje dejó de ser tan notoriamente vandálico, el lucro siguió operando en detrimento de las colonias españolas y portuguesas. Primero, porque las dos naciones conquistadoras (como todas las de Europa, por lo demás) creían entonces que el oro era la riqueza misma o la clave para obtenerla. Así, la economía impuesta por España y Portugal se enderezó primariamente a la extracción de los metales preciosos, y a las necesidades de ella se sujetaron la mano de obra, los transportes, la agricultura, el comercio, las finanzas, etcétera. Con el oro que España y Portugal sacaron de América aumentaron su poderío político y marítimo, y luego sus industrias, con la consecuencia de que las colonias, a más de proporcionar el oro y la plata, tenían que consumir las manufacturas metropolitanas sin poder ensayar siquiera su propio desarrollo industrial. No deja de ser simbólico que en 1810, el año en que se inicia en México la rebelión militar y política para conseguir la independencia nacional, el gobierno español ordenara la destrucción de un plantío de moreras del cura Miguel Hidalgo, del iniciador, el caudillo y mártir de esa rebelión. Todas estas circunstancias le dieron al desenvolvimiento económico de las colonias un sesgo forzado, a veces violento. No fue un proceso "natural", es decir, dictado por sus propias necesidades y no por las del dominador.

El móvil religioso no tuvo mejores consecuencias: las religiones propias de los indios fueron declaradas, lógicamente, no sólo falsas, sino paganas e idolátricas; por lo tanto, la casta sacerdotal fue suprimida y los templos destruidos y arra-

sados, y las creencias y las prácticas penadas como un pecado capital. Puede imaginarse el grado de subversión que todo esto significó si se recuerda que las civilizaciones indígenas eran, más que nada, sociedades teocrático-militares: vencidos sus ejércitos y destruidas sus religiones, los dos grandes soportes en que descansaban, se desplomaron literalmente, y, al caer por tierra, se hicieron añicos.

Al descubrimiento y la conquista siguió lo que los historiadores llaman la Colonización, es decir, una dominación de la que han desaparecido las formas más violentas de la opresión. A esa etapa se llegó muy rápidamente, pues al enfrentarse con la occidental europea, aun las más avanzadas de las civilizaciones indígenas resultaron débiles y atrasadas: el indio americano no conocía las armas de fuego ni las de acero; tampoco el caballo ni la rueda. Luego, Europa trajo a América armas ideológicas que habrían de resultar todavía más destructoras que el arcabuz y la espada; una de ellas, de un poder corrosivo incalculable, fue el individualismo, que pulverizó las sociedades indígenas, eminentemente colectivistas, donde el grupo era todo y el individuo una mera partícula suya.

En todo caso, la colonización nada significó en el sentido de volver a dar alguna autonomía a las comunidades indígenas, o a los nuevos grupos mestizos que se iban formando. Baste recordar que en el terreno político, por ejemplo, en los dos siglos o dos siglos y medio de "colonización", toda la autoridad estaba en la corona española; la que tenían sus representantes en América era sólo una autoridad derivada o secundaria. Pues bien, esta última no fue ejercida nunca por el indio o el mestizo, y ni siquiera por el criollo, o sea el hijo de padres españoles nacido ya en América.

No se trata aquí, por supuesto, de hacer un balance de la dominación española y portuguesa en América; de poner sus beneficios en uno de los platillos de balanza y sus perjuicios en el otro, para averiguar cuáles pesan más. Sólo se pretende recalcar un hecho: los tres siglos de esa dominación dejaron inevitablemente, en el hombre y en la tierra americanos, una huella imborrable de la intromisión extraña, aje-

na a América, y en consecuencia, dejaron también la simiente de un nacionalismo exaltado, de aquel que se nutre en experiencias históricas perdurables.

SEMEJANTE NACIONALISMO no sólo se manifiesta en la rebelión militar, política y moral que en 1825 da la independencia nacional a los actuales países latinoamericanos, sino en hechos más hondos y más significativos. Que yo sepa, ninguno de los prohombres de la época repasó a fondo la larga experiencia del gobierno español en América para ver si no habría en ella elementos aprovechables en la vida nacional de los nuevos países; por ejemplo, una autoridad ejecutiva, central y fuerte, que permitiera al estado acaudillar, en función de los intereses y aspiraciones nacionales, el desarrollo económico y social. Las personalidades y los grupos políticos que favorecieron el "centralismo" tuvieron siempre un signo "reaccionario" y no progresista, es decir, querían retardar el avance hacia la independencia real reteniendo las formas del gobierno español, pero de ninguna manera se proponían usar los elementos aprovechables de éste para acelerar y afianzar la independencia.

Lejos de repasar esa experiencia de tres siglos a la luz de su posible aprovechamiento, repudiaron apasionada, ciegamente, cuanto olía a España, y adoptaron la filosofía y las instituciones políticas de Francia, de Estados Unidos y aun de Inglaterra —las más alejadas de su situación de entonces.

Esta irreflexividad, inmadurez, si así se la quiere llamar, echó a andar un proceso hondo y continuo, que se inicia con la independencia y que subsiste y se agiganta en el día de hoy, y que quizás sea el mirador más alto para contemplar y entender la historia "verdadera" de nuestros países. Por un lado, el latinoamericano busca en el extranjero las soluciones a sus problemas; las estudia, las admira y confiadamente las adopta hasta el grado de poner la vista, el oído, el olfato y el tacto en el exterior, con el resultado de no darle a su propio suelo sino la espalda, aquella parte del cuerpo donde no está radicado ninguno de los sentidos. Estudia, conoce y compara el pensamiento y las instituciones políticas de los países

“más avanzados”; se recrea en el aprendizaje y en el dominio de las lenguas extranjeras; se suma enardecido —como si él los hubiera inventado— a los grandes movimientos literarios, artísticos o filosóficos de cualquier parte del mundo; derrocha todo su dinero, despliega sus mejores sonrisas y usa los más finos modales para recibir en casa al forastero. En suma, admira e imita cuanto le parece grande, bello y útil del extranjero. Este proceso, que ha durado más de siglo y medio, ha producido en el latinoamericano —como lo ha observado Alfonso Reyes— la sensibilidad más fina, más exquisita que existe en la tierra para conocer y gozar de lo ajeno, y también para recrearlo y hacerlo suyo.

Por otro lado, a la experiencia secular de la opresión española y portuguesa, que crea el sentimiento y el afán nacionalista, se añaden ahora las consecuencias de ese proceso de admiración e imitación de lo extranjero. Rara vez —o nunca— da los mejores resultados posibles el trasplante íntegro, tal cual, de una idea, de una institución y aun de una simple moda extraña. En el mejor de los casos, el traje resulta ancho o estrecho, largo o corto, y lo que menos puede inferirse de una experiencia repetida de esta clase, es que la tela puede venir de fuera, pero que lo mejor es confiarlo a un cortador indígena. De allí se pasa a importar la lana para fabricar uno mismo la tela; después, a criar las ovejas, y, finalmente, a proclamar a grito pelado, o *urbi et orbi* (como se diría refinadamente), que Dios mismo se cobija con las telas que tejen desde hace más de cuatrocientos años los indios tlaxcaltecas.

Pero lo que más ha contribuido a exaltar el nacionalismo hispanoamericano son otros dos factores; uno que operó desde el primer momento, y otro que ha empezado a actuar a partir de la primera guerra mundial.

El primero es lo que familiarmente se llamaría “la dura realidad de la vida cotidiana”. Pongamos un solo ejemplo. Todos los países latinoamericanos nacieron a la independencia sin los recursos económicos necesarios para sostenerla y menos para hacerla fecunda. El poco dinero que había era del conquistador y de la iglesia católica, y como el movi-

miento de independencia se enderezó contra ambos, el dinero huyó o se ocultó.

Los gobiernos acudieron a Londres, entonces casi el único mercado de capitales. Pues bien, recordar hoy, a un siglo o siglo y cuarto de distancia, las condiciones en que consiguieron allí sus primeros empréstitos, engendra una reacción de absoluta incredulidad. En 1824, por ejemplo, el gobierno de México lanzó en Londres bonos del 5 % por la cantidad de 3.200,000 libras esterlinas; la casa Goldschmidt y Cía. compró esos bonos al 50 % de su valor nominal; además, dedujo de inmediato 10,547 libras por gastos de operación y 305,496 por amortización e intereses adelantados. El resultado neto de la operación fue que, a cambio de recibir real, positivamente, 1.283,957 libras, el gobierno de México adquirió la obligación de pagar 3.584,000, o sea, no muy lejos de tres tantos más.

No fue éste el único ni el peor de los casos, por supuesto: no el único, porque echar a andar con el motor de un miserable millón de libras esterlinas la economía de un país de cuatro millones de kilómetros cuadrados y de diez o doce millones de habitantes, era francamente imposible; y no fue el peor de los casos porque, al no pagarse el primer empréstito, las condiciones impuestas para conseguir el segundo fueron muchísimo más desventajosas. Pero no paró allí la historia: los convenios que ampararon los primeros empréstitos habían sido hechos entre un gobierno latinoamericano y éste o aquél particular inglés; pero pronto el gobierno inglés (como el francés o el español y el norteamericano) exigió que esos convenios fueran de gobierno a gobierno, que los préstamos se ampararan con un tratado internacional. Y como el mayor y más seguro ingreso que Latinoamérica tuvo durante casi todo el siglo XIX eran los impuestos a la importación, pronto también se vio a funcionarios extranjeros apostados en las principales aduanas del país en cuestión cobrando ellos mismos los impuestos, deduciendo lo que debía pagarse al acreedor extranjero y pagándolo, y, al final, en último término tras pasando el sobrante —si lo había— al infeliz gobierno latinoamericano. Y quedaba muy poco: todavía en 1861, el pago

de la deuda inglesa se llevaba en México el 79 % de la recaudación aduanal; a eso había que agregar lo que debía pagarse a Francia y España. A México le quedaba exactamente el 10 %.

Pero el proceso no se detuvo allí: a la firma de convenios internacionales que hicieron de los gobiernos extranjeros los abogados y los representantes directos y ostensibles del acreedor particular extranjero; al funcionario extranjero que se instalaba en suelo ajeno para ejecutar esos convenios, siguieron en no pocas ocasiones las escuadras y los ejércitos de ocupación. Así, México pudo ver cómo en Londres se firmaba el 31 de octubre de 1861, un convenio en virtud del cual las tres potencias signatarias, Inglaterra, Francia y España, enviarían a México las escuadras y los ejércitos necesarios para hacer efectivos sus créditos; y vio también a los ejércitos franceses que, como de paso, imponían un monarca extranjero y le hacían al país toda una guerra general que duró seis largos, interminables años. Y cuando México vence en la guerra y resuelve fusilar al emperador traído por los franceses, expresando así su decisión de acabar para siempre con la intromisión y el yugo extranjero, Francia y España, Inglaterra y Austria, como Bélgica y Estados Unidos, lo declaran un pueblo de salvajes.

No todas estas lecciones de "la dura vida cotidiana" tuvieron su origen en las deudas que contraían en el extranjero los países latinoamericanos; sin embargo, por una razón o por otra, el saldo trágico de las relaciones que tuvieron con el exterior durante los cien primeros años de vida "independiente" puede medirse con el caso de México; México pierde en 1848 a manos de Estados Unidos más de la mitad de su territorio; de 1850 a 1885, fuerzas locales o federales norteamericanas cruzan y recruzan la frontera para internarse en territorio mexicano; en 1914 fuerzas navales y terrestres de Estados Unidos ocupan el puerto de Veracruz y establecen en él un gobierno militar; en 1916 incursionan bien adentro del territorio mexicano 15,000 soldados norteamericanos bajo el mando del general Pershing. Con Francia tuvo México dos guerras, en 1838 y 1862-67; Inglaterra y España, por su parte,

bloquearon más de una vez puertos mexicanos, y aun desembarcaron en ellos algunas tropas. Creo que esto es bastante.

Por supuesto que siempre hubo "motivos" que pretendían explicar esos hechos; pero no puede dudarse de que los países ofendidos jamás aceptaron que hubiera razones jurídicas o morales. La conclusión es que en las páginas más negras de nuestra historia aparece siempre la mano más negra todavía del negociante extranjero, del gobierno extranjero, del diplomático extranjero, del soldado extranjero.

EL OTRO FACTOR QUE HA reavivado el nacionalismo latinoamericano durante los últimos treinta años, digamos, es que los países que fueron sus modelos tradicionales han dejado de serlo en gran medida; su grado de progreso sigue siendo mayor, y, si se quiere, ha aumentado su ventaja relativa; pero, aun así, ninguno puede jactarse de haber resuelto siquiera uno de los problemas humanos fundamentales: el del bienestar general, el de la paz, el de la igualdad, el de la felicidad, en suma. Ante ese espectáculo, al cual debe agregarse el desencanto o la duda que los mismos países modelos tienen ahora de muchas ideas e instituciones suyas, el latinoamericano ha acabado por creer que, después de todo, no está tan atrasado como antes lo creía, y que no es él tan torpe como otros habían dicho.

Aparte de este proceso muy humano de creer que uno crece porque el vecino se acorta, hay un nacionalismo en la América Latina que cabe considerar; es, desde luego, antiguo (de él se encuentran algunas muestras en el siglo xviii), espontáneo, irracional, en general de mal gusto, y cosa curiosa, se manifiesta no ya en la América Latina como unidad frente al mundo exterior, sino en un país latinoamericano con respecto a otro país latinoamericano. En cualquiera es general la idea de que en él se dan todos los frutos de Europa *más* muchos otros que sólo en la América se dan. Y se cree también que si un árbol es singularmente hermoso, se debe a que creció en suelo colombiano o chileno, y no porque resultó ser un espécimen excepcional que, de haberse plantado en Estados Unidos, se habría dado también hermo-

samente. Pero, además, el colombiano cree que en su país se habla y se escribe el mejor español, gloria que le disputan perseverantemente, por lo menos, el peruano y el mexicano.

EL NACIONALISMO DE LOS pueblos de la América Hispánica es, pues, mucho más antiguo, más hondo, menos verbal y más consecuencia de verdaderas y muy amargas experiencias históricas y de sacrificios materiales y humanos que el nacionalismo de muchos otros pueblos "subdesarrollados". Los indios americanos fueron "descubiertos", como se sabe, por error, pues el objetivo de Cristóbal Colón, era dar con Asia. Aun así, no se les dejó en paz: su dominación data de principios del siglo XVI, dura tres siglos continuos, y la ejercen España y Portugal, los dos primeros imperios coloniales de la historia, y, en consecuencia, menos experimentados, menos alertas y menos ilustrados de lo que fueron más tarde Holanda, Francia e Inglaterra, por ejemplo. Esa dominación se ejerce en una época en que el derecho internacional no reclama para sí la naturaleza de una norma jurídica, cuando no existen las cortes internacionales de justicia, la opinión pública y los organismos internacionales; antes bien, se ejerce en una época en que es posible presentar al mundo la conquista y la dominación de todo un continente bajo el manto piadoso de una "conquista espiritual"; ganar para el catolicismo (la única religión verdadera, por supuesto) a pueblos paganos e idólatras. Por si algo faltara, los primeros cincuenta o setenta años de la vida independiente de los pueblos latinoamericanos coinciden con la peor época, la más agresiva y descarnada, del imperialismo extranjero, cuyas víctimas predilectas fueron también esos pueblos.

Todo esto le da al nacionalismo latinoamericano un carácter bastante singular; su nacimiento mismo, y su fuente constante de alimentación, rara vez ha sido la fe en los valores propios, la idea de que los latinoamericanos poseen prendas intelectuales y morales nada comunes, la creencia de que tiene por delante una misión o un destino superior, y de que cuentan con los recursos necesarios para cumplirlos. La regla ha sido que ese nacionalismo nazca, crezca y se sublime como

una reacción de protesta, de recelo y aun de odio o de desprecio por los agravios (la mayor parte de ellos reales, pero no pocos imaginarios) que han recibido de individuos, de empresas y de gobiernos extranjeros. Nada de extraño tiene, así, que la actitud nacionalista de los latinoamericanos sea predominantemente negativa e irracional frente a la ayuda exterior que se les ofrece y que ellos mismos buscan para su desarrollo económico y social.

En realidad, los países latinoamericanos, en esto de la ayuda exterior —como en mil cosas más— tienen una larga experiencia. En la etapa cruda y desconsiderada del imperalismo a la que ya nos hemos referido, sucedió lo que se ha llamado la “penetración pacífica” visible, digamos, hacia 1875 o 1880. Todos, sin excepción, deben al capital y a la técnica extranjera sus primeros y aun todos sus ferrocarriles, más el telégrafo, el teléfono y las comunicaciones marítimas; los primeros servicios bancarios; las explotaciones modernas de yacimientos mineros y petrolíferos, e incluso muchas de sus mejores empresas agrícola y ganaderas. No creo que sea exagerado afirmar que a ese capital y a esa técnica extranjeros deben cuanto de moderno o de nuevo, cuanto de siglo xx (o, por lo menos de siglo xix), tenían, digamos, hasta 1920.

Lógicamente debiera uno suponer que si es así de grande y de palpable su deuda, los países latinoamericanos deberían estar agradecidos al capitalismo extranjero y desear y buscar —hoy más que nunca, pues está tan de moda la idea de un desenvolvimiento acelerado— más capital y más técnica extranjeros. Pues no es así, y para avanzar algo en el problema podría decirse que racionalmente los desean y los buscan, pero que emocional, irracionalmente, los temen y los rechazan.

¿Por qué? En primer lugar, porque la experiencia anterior, la de la “penetración pacífica”, no fue, ni mucho menos, satisfactoria. ¿Por qué de nuevo? Por dos razones principales: la primera es el descubrimiento y la comprobación de que el afán de lucro (comprensible y legítimo) del inversionista extranjero, y las necesidades y aun los gustos de los países que reciben la inversión, rara vez coinciden; la segunda

es el descubrimiento y la comprobación de que a la penetración económica suele seguir la penetración política.

Para comprobar la segunda observación, basta ver que los países latinoamericanos (como todos los subdesarrollados) prefieren siempre que es posible el préstamo de una organización internacional a la de un gobierno, y, en último caso, el préstamo de una empresa particular al de un gobierno extranjero. Para comprobar la primera afirmación basta considerar el caso de los ferrocarriles: en general fueron construidos, no para favorecer el desarrollo interno, armónico, del país, sino para sacar de él las materias primas en cuya elaboración estaba interesada la industria extranjera. Y puede considerarse también el caso de una bebida refrescante, espantosa por su color, por su sabor y aun por su olor, y que ahora se vende en todo el continente y aun en el mundo entero. ¿Tiene algo que ver el dinero que se gasta en su producción y en su embotellamiento, y sobre todo en su publicidad y en su distribución, con el desarrollo de los países atrasados? En este caso particular —y en tantos otros!—, el inversor extranjero no sólo ha pasado por alto los verdaderos deseos y las necesidades fundamentales de esos países, sino que ha ofendido a sus habitantes al exigirles que estropeen su paladar hasta el extremo de perder todo sentido del buen gusto con el fin de ayudar a crear “un clima propicio” para las inversiones extranjeras.

POR SUPUESTO QUE EN LOS últimos quince o veinte años la situación ha cambiado mucho; pero ha cambiado tanto en un sentido favorable como en el sentido adverso. En el sentido favorable, en el del entendimiento entre el país donador de la ayuda técnica o financiera y el país beneficiante de ella, cuentan varios factores. En primerísimo lugar, la obra de las organizaciones internacionales: las Naciones Unidas y sus organismos especializados; las Comisiones económicas Regionales; el Programa de Asistencia Técnica; el Fondo Especial; el Banco y el Fondo Monetario Internacional; la Organización de Estados Americanos y sus Programas de Becas y Cátedras; el Banco Interamericano de Desarrollo, etcétera.

Ha ayudado mucho también la liquidación casi cabal del imperialismo político y un mayor entendimiento de las susceptibilidades y del recelo de los países pobres por parte de las grandes potencias o los antiguos países imperiales.

Pero ha empeorado la situación porque nunca ha sido tan exaltado y ciego el nacionalismo latinoamericano, y las causas que en nuestros tiempos lo han atizado nunca han sido tan graves como la tristemente célebre "guerra fría". En 1868, un año después de concluida la intervención francesa, un modestísimo vicecónsul francés hacía en beneficio de sus superiores esta observación: en México se cree que la simple presencia de un diplomático extranjero es el principio de una intervención armada. Esta frase era una fantasía pura cuando se pronunció, y de haber correspondido a los hechos, tenía amplia justificación; pero en el día de hoy, no dista mucho de ser cierta en cualquier país latinoamericano. Aquí está el paralelo: al regresar de la Conferencia de Punta del Este donde se externó la Alianza para el Progreso, el secretario de Hacienda de uno de los países "grandes" de la América Latina declaró parentóricamente en el aeropuerto: "no vendimos a la Patria en Punta del Este".

Si algunas conclusiones pueden sacarse de este repaso, serían éstas:

a) El nacionalismo latinoamericano es viejo, es hondo, se nutrió en atropellos, en despojos y en sangre, y su existencia tiene por lo tanto, una amplísima justificación histórica;

b) Todo él, o mucho de él, se manifiesta negativamente. en recelo, en desprecio o en odio al extranjero;

c) En los últimos veinte años, por causas que ni siquiera se bosquejarán aquí, se ha exaltado hasta extremos increíbles de emoción y de irracionalidad.

Y podría agregarse que combatirlo, reducirlo a sus proporciones justas y, sobre todo, convertirlo en una fuerza fecunda, es tarea difícil, que requiere, entre otras cosas, paciencia, mucha paciencia, y, desde luego, más entereza de la que habitualmente tienen los gobernantes de la América Latina y quienes manejan los principales órganos de la opinión pública.